

de salir, todo se le va en contar los dias que han pasado y los que le faltan, y en sustentarse con molestia y congoja aquella máscara de ejercitante, que para pocos dias se ha puesto; y presto se la piensa quitar. Lo cual no sería así, si hubiese de estar un mes; porque lo tomaría de espacio y de asiento; y no solamente resultaría de aquí mayor provecho, como probaremos en el capítulo siguiente, pero aún mayor alivio y descanso, que es lo que ahora pretendemos.

CAPÍTULO XXIX.

DE LOS PROVECHOS QUE SE SIGUEN DE HACER LOS EJERCICIOS POR TREINTA DIAS.

TODOS los medios que hemos dicho para facilitar los ejercicios por treinta dias, suponen grande necesidad ó evidente utilidad en ellos. Porque así como se dan muchos remedios para tomar con más facilidad unas píldoras ó una purga, pero suponiendo que es fuerza tomarla para tener salud; porque de otra manera, ¿qué remedio hay que haga una purga por sí misma apetecible y sabrosa? así tambien no hay duda, sino que la variedad de los ejercicios, la moderacion de los trabajos, la resolucion de los que acometen esta empresa, el ejemplo de otros, y el mismo tiempo que templó el rigor y hace más ligera la carga de los primeros dias, todas éstas son grandes ayudas para poder perseverar en el recogimien-

to de un mes; pero no tales que hagan el negocio por sí mismo sabroso, sino más fácil, supuesto que ó la necesidad hace fuerza, ó esfuerza la esperanza de grandes y evidentes provechos; y cuales sean estos empezaremos á declarar en este capítulo.

Suponiendo primero por cierto, como lo es, que cuando decimos ser de tanto provecho hacer ejercicios por treinta dias, no consiste esto tan solamente en alargar el recogimiento por más ó menos tiempo, sino mucho más en ejercitarse por todas cuatro semanas, y por todos los modos de orar y de examinar la conciencia que hay en ellas, procurando conseguir con efecto el fruto que por este medio se pretende, y de que hablamos largamente en los tres libros primeros de este tratado. Este es el principal intento y como el alma de los ejercicios, y por aquí se ha de regular el tiempo que se ha de gastar en ellos. De manera, que en el sentido que aquí hablamos, no hace las cuatro semanas de los ejercicios el que gasta treinta dias en la meditacion de los pecados ó de las perfecciones divinas ó en otro modo semejante; porque siendo el ejercicio de la misma materia y con el mismo intento, ni del continuarle se pueden seguir tan particulares provechos (aunque no deja de ser alguno) ni del interrumpirle se pueden temer tan grandes daños, que obliguen á perseverar por tanto tiempo en el recogimiento. Pues luego aquel se dice que hace las cuatro semanas, que con el deseo de conseguir su último fin, deja los caminos errados con verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas, y propósito de la enmienda; y fundado y arraigado en el temor de Dios nuestro Señor huye de todas las ocasiones que le pueden poner en peligro de volver á ellas; y habiéndose así purificado, sube á la imitacion de Cristo nuestro Señor con el ejercicio

de las sólidas virtudes; y trayendo debajo de los piés la honra y las riquezas, y todo lo que el mundo ama y estima, pone tan solamente en Dios nuestro Señor la mira de su sencilla intencion; y en sus elecciones y deliberaciones ninguna otra razon le hace peso, sino el mayor servicio y gloria divina; y el que habiendo alcanzado esta sinceridad y pureza de intencion se une con Dios nuestro Señor en verdadera caridad, aquella caridad digo que no consiste en palabras, sino en obras, y hace del amante un holocausto perfecto, ofreciendo en fuego de amor todo cuanto es y cuanto tiene, sin excepcion alguna, al gusto y beneplácito del amado. Aquel hace las cuatro semanas, que para conseguir estos grados de perfeccion sabe ayudarse de los ejercicios convenientes, como son los exámenes de la conciencia, el uso de los sacramentos, la penitencia y la castigacion del cuerpo, la oracion y meditacion, los modos de hacer sana eleccion, con todos los avisos é instrucciones que para esto son necesarias. Aquel hace las cuatro semanas, que tiene andadas todas las materias de meditacion de que se puede ayudar, ya de unas, ya de otras, como fueren más á propósito para el fin que pretende. Siendo esto así, bien se ve que todas cuatro semanas están tan trabadas entre sí en orden al edificio espiritual, que el no hacerlas todas juntas es como dejarse empezado un edificio; con lo cual se pierde la costa y el trabajo, y no sirve sino para dar materia de risa á los que lo vieren, diciendo lo que está en el Evangelio ¹: «Este hombre empezó á edificar, y no pudo llevarlo hasta el cabo.» Porque ó no midió sus fuerzas, ó no tuvo constancia para proseguir en el trabajo.

¹ Luc. XIV, 30.

Hablo de aquellos que tratan de edificar esta torre de la perfeccion evangélica; porque los que se contentan con una vida comun y ordinaria, y con cierto grado de contentar á su ánima, como decíamos arriba, comunmente les basta la primera semana; en la cual aunque se ejerciten por treinta dias, no por eso pasarán del grado de los incipientes, y de la via que llamamos purgativa. No porque un hombre edifique paredes, por eso tiene ya casa; y si sube las paredes otro tanto más, y cuatro tanto más, tampoco ha edificado casa: porque la casa no consiste en la grandeza de solas las paredes, sino en la proporcion y trabazon de todas sus partes juntas, la cual se puede hallar tambien en menor cantidad. Todas las cosas que se componen de partes de diferente calidad y naturaleza tienen esto mismo. Porque hombres hay, unos chicos y otros grandes; pero así los chicos como los grandes, tienen piés y cabeza, y todas las demás partes cabales y proporcionadas entre sí; y si hubiese unos brazos ó una cabeza tan grandes como un hombre, no por eso se dirá que aquellos brazos solos ó aquella cabeza son hombre. Esta es cosa muy clara, que en cosas semejantes no se ha de mirar á sola la grandeza, sino al número perfecto de todas las partes, que estén unidas con su debida proporcion. Y de la misma manera no se dice que hace todos los ejercicios el que por treinta dias se ejercita de cualquier manera en santas meditaciones, sino el que se ejercita por todos los modos de orar y de examinar la conciencia, y corre por todos los pasos de este camino, y sube por todos los grados de esta perfeccion, como está declarado; para lo cual de ordinario serán menester treinta dias.

Hay tambien otra semejanza, con que se declara bien este punto. Porque así como decíamos que para ser

uno buen teólogo, ha menester cursar cuatro años en la teología, y para ser buen filósofo, otros tres ó cuatro en la filosofía; pero no por eso será uno buen teólogo ni buen filósofo, si gasta los cuatro años en estudiar una sola cuestion, aunque esté siempre trabajando en ella: porque algunos hemos visto, que han estado estudiando diez años, y no solamente no han salido buenos teólogos, pero ni han llegado á ser buenos gramáticos. Pues luego el ser buen teólogo ó buen filósofo, consiste en saber todas las materias y todos los principios y conclusiones que pertenecen á ellas; y porque para esto son menester cuatro años, por eso se dice que son menester cuatro cursos para salir con estas facultades. Así tambien á este modo y en esta misma forma decimos, que para hacer los ejercicios son necesarios treinta días; pero si éstos se gastasen en sólo un género de meditaciones, ó en conseguir sólo un grado de perfeccion, no por eso se habrian hecho todos los ejercicios enteramente. Porque la perfeccion tiene sus grados diferentes, su principio, su progreso y su fin, á lo cual responden las cuatro semanas de los ejercicios. Pues luego poco importa que el recogimiento dure por treinta ni por cuarenta días, si todos ellos se emplean en el dolor de los pecados y temor de las penas, etc. Porque esto no es salir de la primera semana, pues como dice el santo Padre ¹: *No se entienda que cada semana tenga de necesidad siete u ocho dias en sí, porque como acaece que en la primera semana unos son más tardos para hallar lo que buscan, es á saber, contricion, dolor, lágrimas por sus pecados, etc., requièrese algunas veces acortar la semana, y otras veces alargarla, etc.* De lo cual se saca tambien al contrario, que puede acae-

¹ Anot. 4.

cer, ó por ser personas más ejercitadas, ó por ser más fáciles en hallar lo que buscan, que en quince días ó en ocho pueden hacer todos los ejercicios enteramente, y correr todas cuatro semanas; y de aquí se entenderá lo que con mucha advertencia ordenó la séptima congregacion general, confirmando lo que se habia mandado en la sexta, cánon 9, que todos los de la Compañía, cada año se retiren por ocho ó diez días á hacer los ejercicios ¹: *Guardando en ellos la proporcion y método que se acostumbra cuando se hacen los ejercicios enteros*, que tanto es como decir, que se repartan aquellos ocho ó diez días de manera, que se renueven en ellos los propósitos y afectos que pertenecen á todas cuatro semanas; que por ser en gente más ejercitada se juzga que se podrá hacer esto en menos días. Y lo mismo quiso decir nuestro santo Padre en la anotacion veinte, cuando dijo: *Que al que está desocupado, y en todo lo posible se desea aprovechar, se le den todos los ejercicios espirituales, por el mismo orden que proceden*; que tanto es como decir, que no se detenga en los afectos de la primera semana tan solamente, sino que se ejercite en los de todas cuatro; para lo cual en los que empiezan serán menester de ordinario treinta días, poco más ó menos.

¹ Dec. XXV, n. 4.

CAPÍTULO XXX.

RESPÓNDESE Á UNA DUDA QUE SE PUEDE OFRECER CONTRA

LO DICHO.

ALGUNO por ventura dudará, y no con poco fundamento, que si la necesidad de hacer juntas todas las cuatro semanas de los ejercicios, consiste en correr de una vez toda la carrera de la perfeccion, no solamente no son muchos treinta dias, pero aun serán pocos treinta años, pues sabemos que la jornada es tan larga y dificultosa, que caminando por ella los santos Padres (cuyas historias leemos) con tanto conato y fervor, apenas en muchos años y en vida larga llegaban al fin de ella. Pues ¿quién se atreverá á poner tanta virtud en estos ejercicios, que en un mes saquen á los hombres perfectos? A esto se responde, que si bien puede Nuestro Señor en pocos dias adelantar los hombres, hasta ponerlos en el estado de perfeccion, pero no pensamos que esto sea, ni infalible, ni ordinario á los que hacen los ejercicios por un mes; y con todo eso juzgamos que es grande ayuda el hacerlos, para salir mejor y más brevemente con esta empresa: porque este tiempo basta y es menester para reconocer todo el camino espiritual, y todos los pasos y dificultades que hay en él, y para recibir alguna instruccion y tomar algun uso de los modos de orar, de los exámenes y de otros ejercicios de que nos podemos ayudar en este camino, y para tomar alguna experiencia de los gustos espirituales y alguna noticia

de las materias ordinarias de la meditacion, y para entender la correspondencia que hay en este camino, de los fines con los principios y medios, y de la que hay de las materias de la meditacion y modos de ejercitarse, con todo el camino y con cada parte de él. Y esto es lo que hizo nuestro santo Padre reduciendo todos los ejercicios espirituales á cuatro semanas, que fué como recoger á una pequeña tabla un viaje muy largo; para que reconocido todo al principio, tomase cada uno la resolucion y el aliento necesario para llegar hasta el fin de él, y despues en la ejecucion tenga alguna luz de lo que ha caminado y de lo que le falta por andar, para que no se contente con poco, y se pare luego á los principios, pensando que ya ha llegado al fin.

A este mismo intento ayudan las dos parábolas que el Salvador propuso en el evangelio de san Lucas, del hombre que quiere edificar una torre, y del rey que trata de hacer guerra; porque el uno y el otro para ser prudentes, antes de empezar han de considerar con mucha atencion si tienen fuerzas y caudal para salir con su intento; y lo mismo deben hacer las que quieren ser discípulos de Cristo, que son todos los que tratan de la vida perfecta. Estos, que son los que tratan de hacer guerra, ¿cómo pueden saber si su enemigo trae ejército de veinte ó de treinta mil, sino es reconociendo primero todos los enemigos espirituales con quien han de pelear, y las fuerzas que tienen? Estos, que son los que han de edificar la torre, ¿cómo pueden saber el caudal que es menester para acabarla, si no saben cuánta sea la fábrica y hasta dónde ha de subir esta torre? De manera que por estas dos semejanzas se nos declara muy bien que no puede nadie emprender prudentemente este negocio de la perfeccion, sin haber reconocido primero todas las

dificultades que hay en él, y el aparato de guerra y gastos que ha de hacer de su parte para llevarle hasta el cabo: y más claramente nos enseñó esto el Salvador en la aplicacion de estas parábolas cuando dijo: Así tambien cualquiera de vosotros que no renuncia todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo. De las cuales palabras se saca, que el ejército que hemos de aperebir para esta guerra, y el caudal que hemos de tener para edificar esta torre, es la perfecta renunciacion de todas las cosas. Pues quien no sabe qué cosa es renunciacion, ¿cómo podrá tenerla? y ¿cómo sabrá qué es renunciacion, quien no sabe lo que ha de renunciar, y en qué tiempos, y con qué ocasiones? Esto es lo que maravillosamente se enseña, particularmente en la segunda y tercera semana, donde va un hombre aprendiendo á dejar su voluntad, su hacienda y su honra, y se ofrece á la pobreza y á las afrentas y oprobios, anteponiendo la voluntad de Dios nuestro Señor y la semejanza con Cristo nuestro Redentor, á todos los bienes del mundo, y abrazando por el mismo respecto si fuere menester todos los males. Y no solamente se enseña allí esta doctrina, sino tambien se hacen propósitos de ella, y se ejercita con el afecto; y juntamente se ensaya cada uno dentro de su pensamiento, para venir despues con efecto á las manos, y ponerla por obra cuando se declarase ser esta la voluntad del Señor. Estas son las dos banderas y los dos capitanes puestos en campo, que nos representa el santo Padre en el cuarto dia de la segunda semana; donde vemos que el rey de la soberbia y capitan de los malos, arma todo su ejército con la codicia de las riquezas, deseo de honra y soberbia; y el rey de la humildad y capitan de los justos, le sale al encuentro con desprecio de las riquezas, desprecio de las honras y humildad. Cada

uno considere si se halla tan proveido de estas armas y de estos soldados, esto es, tan animado á estas virtudes, y tan dispuesto á la pobreza, á los oprobios y afrentas, que se atreva á pelear y vencer al ejército contrario. Este es el gasto que se ha de hacer en el edificio de esta torre, en que se ha de gastar toda la hacienda y toda la honra, y todo lo que luce en los ojos del mundo. De todo lo cual se ha de despojar uno con el afecto, y siendo menester con el efecto, para ser discípulo de Cristo y verdadero imitador de sus virtudes. Para esto se han de hacer juntas todas las cuatro semanas de los ejercicios, no para sacar de ellas edificada la torre y alcanzada la victoria del rey enemigo, sino para tantear el gasto que ha menester para el edificio, y el ejército que ha menester para la victoria, y aperebirse con un propósito de renunciacion tan perfecta, que baste á llevar esta empresa hasta el fin. Y no le parezca á nadie supérfluo, ponerse desde el principio con el propósito y con el pensamiento en el fin; porque esto es, y no otra cosa, lo que Cristo nuestro Señor nos enseña con aquellas dos semejanzas, conviene á saber, que ha de abrazar un hombre en su propósito y determinacion desde el principio, lo que despues de muchos años y de muchos trabajos ha de venir á conseguir en el fin. Porque así como el que edifica la torre, antes de empezarla ha de ver si tiene caudal, no solamente para empezar y poner el fundamento, sino tambien para acabarla, de manera que el caudal para acabar le ha de prevenir desde el principio; y el que quiere hacer guerra, antes de moverse de su casa ha de ver si tiene fuerzas, no solamente para salir y ponerse en campo, sino tambien para alcanzar la victoria; así tambien el que quiere ser discípulo de Cristo nuestro Señor, desde el principio ha de entrar con propósitos de

perfecta renunciacion, si quiere venir con el tiempo á tenerla; y para tener estos propósitos sólidos y verdaderos, ya se ve por lo dicho cuánto importa hacer desde el principio los ejercicios de todas cuatro semanas para conseguir los efectos que se desean en el camino espiritual.

Y porque hemos hecho mencion del edificio de la torre evangélica, ¿quién ignora que no se puede poner mano en ningun edificio sin tener primero delante todo el modelo y la planta de él, no solamente para tantear el gasto, como hemos dicho, sino para que toda la fábrica sea de provecho, y tenga firmeza y hermosura? Porque no es posible que tenga estas propiedades si no se corresponden todas las partes entre sí, las primeras con las postreras, y la cumbre con el fundamento; y para esto es necesario en cierta manera tener ya hecho y acabado el edificio antes de empezarle; quiero decir, que antes de empezarle á edificar, ha de estar acabado el edificio en el pensamiento del artífice, y dibujada la planta con todas sus medidas y proporciones, para que cuando se venga á la ejecucion, se proceda con traza y no se pierda el tiempo y el trabajo y el dinero. Esta misma firmeza, correspondencia y proporcion, ha de tener el edificio espiritual y las partes de él entre sí mismas; y de ahí resulta la necesidad de hacer luego al principio los ejercicios de todas cuatro semanas, en las cuales está como el dibujo y la planta de él desde el principio y fundamento, que es la entrada de la primera semana, hasta el ejercicio del amor de Dios nuestro Señor, que es el fin de la cuarta. Y esto es lo que toca á la semejanza del edificio.

Y por lo que toca á la semejanza del rey que trata de hacer guerra contra otro rey, notoria cosa es lo que

hizo Moisés cuando trataba ya de entrar á conquistar la tierra de promision, que fué enviar doce varones escogidos de las doce tribus, para que reconociesen toda la tierra y las fuerzas que tenian los moradores de ella; y ellos lo hicieron así, y trajeron relacion de todo, y juntamente de los higos, uvas y granadas que llevaba la tierra, para muestra de los frutos que producía; y en esto se ocuparon por espacio de cuarenta dias. Esto se hizo entonces, y era figura de lo que ahora tratamos. Porque ¿quién no ve en aquella figura y representacion cuánta diferencia hay de entrar en la tierra por exploradores, ó entrar por conquistadores? una cosa es reconocerla, y otra muy diferente poseerla. Mucho va de ver una muestra de los frutos para probarlos, ó de ser señores de los huertos y de las viñas para gozarlos con abundancia. Entre aquellos exploradores, los menos fueron los que animaron al pueblo, diciendo: Vamos y conquistemos la tierra, que muy bien podremos salir con ella. Pero los demás los desanimaban y decian: «Verdaderamente la tierra que hemos andado mana leche y miel, como se puede ver por estos frutos que hemos traído; pero sus moradores son muy valientes, y las ciudades muy grandes y bien muradas. Esta es una tierra que se traga á sus moradores, la gente que allí vimos son muy altos de cuerpo, de grande estatura. Allí vimos unos hombres monstruosos de los hijos de Enac, de linaje de gigantes, que comparados con ellos parecíamos como langostas.» Esto decian, con que se acobardó el pueblo; de manera que enojado Dios de su poca fé, les juró que ninguno de ellos habia de entrar en la tierra que les habia prometido, sino que sus cuerpos muertos habian de quedar

en aquellos desiertos, y sus hijos despues de largos rodeos al cabo de cuarenta años entrarian en la tierra. «Conforme al número de los cuarenta dias en que reconocisteis la tierra, se contará un año por cada dia, les dijo Dios¹, y por cuarenta años llevareis el pago de vuestras maldades, y experimentareis el rigor de mi venganza.» Y todas estas cosas les acontecian á ellos en figura, y se dijeron é hicieron por nuestro respecto, que somos el verdadero Israel que servimos á Dios en espíritu y vamos peregrinando por los desiertos de esta vida, peleando con varios enemigos, hasta entrar en posesion, no de la tierra prometida, sino del reino de los cielos, que está puesto en conquista; y los que le arrebatan han de ser esforzados y valientes. Esta guerra bien se sabe que la hemos de hacer contra nosotros mismos, esto es, contra nuestro amor sensual y mundano, y contra nuestras pasiones desordenadas, hasta sujetar y rendir todos nuestros quererres á la divina voluntad; en cuyo cumplimiento y conformidad consiste el reino de Dios, que está dentro de nosotros, y el verdadero gozo y paz en el Espíritu santo. Esta es la tierra de promision, de la cual hemos oido tantas alabanzas, de que mana leche y miel, y que sus frutos son abundantísimos y suavísimos. Pues luego en esta conquista, lo primero conviene reconocer toda la tierra, para ver si es tan áspera que se traga á sus moradores, y ver los gigantes con quienes hemos de pelear y medir con ellos nuestras fuerzas, ó por mejor decir, no las nuestras, sino las de Cristo capitán nuestro, debajo de cuya bandera militamos, y en cuya confianza acometemos esta empresa. Conviene tambien antes de entrar en esta pelea, gustar de la leche y miel, y probar

¹ Num. XIV, 34.

los frutos suavísimos, esto es, tomar alguna experiencia de las consolaciones espirituales que se dan en estos ejercicios, hasta comer el racimo de uvas maduro, en lo más interior de la tierra; que es probar la fuerza de la caridad en el ejercicio del amor de Dios. Este discurso y experiencia se suele tomar por cuarenta dias, en lo que despues para conquistarlo y poseerlo son menester cuarenta años. Y si bien los israelitas flacos desmayan y escogen antes comer de las ollas de Egipto, siendo esclavos, que tener las armas en las manos, peleando por ser libres; pero los escogidos y favorecidos de Dios, se animan con pecho varonil; y el haber visto las dificultades no los hace cobardes, sino apercibidos; y el haber probado los gustos celestiales, les da ánimo para pelear y vencer, hasta llegar finalmente á gozarlos en pacífica posesion, no solamente en el cielo, sino tambien cuanto es posible en la tierra, con perfecta mortificacion de sus pasiones, y quieta sujecion y conformidad con Dios. Así que, para emprender con ánimo esta conquista, mucho importa haber reconocido primero todas las dificultades de ella, y haber hecho siquiera la salva, y visto y probado los frutos que se consiguen de ella.

Y no solamente nos descubren esta necesidad las dos semejanzas del edificio y del rey que trata de hacer guerra, sino que todas las cosas nos enseñan y prueban lo mismo. ¿Quién ha de correr una carrera que no la pasee primero? ¿Quién ha de tirar á un blanco que no ponga primero los ojos en él? ¿Quién ha de andar un camino, que antes de salir de su casa no se informe de todas las jornadas que hay en él, del gasto que será necesario, de los buenos y malos pasos, de las ayudas y de los peligros, y de todas las demas cosas pertenecientes

al camino, principalmente cuando halla persona de quien informarse, y teme que por ventura no la hallará despues? Así que bien mirado, hacer al principio juntas las cuatro semanas de los ejercicios, es como reconocer primero toda la tierra que se ha de conquistar; es como cotejar las fuerzas de mi enemigo con las que yo tengo para pelear con él; es como hacer cuenta del caudal, y apercibirse de dinero para edificar la torre de la perfeccion; es como hacer planta del edificio antes de empezarlo; es pasear la carrera para correrla; es mirar al blanco antes de tirar á él; y es finalmente como informarse de todo el camino antes de ponerse en él, principalmente en los principios, cuando uno tiene maestro espiritual, que no debe perder tan buena ocasion para informarse; y antes que se atreva á caminar solo, pasear con buena guia todo el camino. Por falta de esto, vemos muchos que despues de haber caminado muchos años no llegan al fin de la jornada, y habiendo tirado muchos tiros nunca dan en el blanco, y despues de haber corrido mucho tiempo, ni acaban la carrera, ni alcanzan la joya, porque no corren á cosa cierta ¹: *Ego autem sic curro, non quasi in incertum*. Yo, dice, corro, no dando carreras á una parte ni á otra, como á cosa incierta. Y finalmente, despues de haber hecho mucho gasto, y puesto mucho tiempo y trabajo en edificar, no han hecho casa; quiero decir, que habiéndose ejercitado muchos dias, no salen con la perfeccion, porque ni llevan fin cierto, ni ponen medios determinados en sus ejercicios. Y no pueden tener este fin y poner estos medios, si desde los principios no toman alguna noticia y experiencia del fin de la perfeccion, y de los pasos que hay para ella, y de los ejer-

¹ I Cor. IX, 26.

cicios con que se pueden ayudar en diversas ocasiones; y para esto mucho ayuda haber pasado brevemente por todas cuatro semanas. Con esto se ha dicho lo que por ahora basta, del tiempo que se ha de gastar en hacer los ejercicios.

CAPÍTULO XXXI.

EN QUE SE DECLARAN LAS VEINTE ANOTACIONES QUE ESTÁN AL PRINCIPIO DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS.

HAS veinte anotaciones que están á la entrada del libro de los *Ejercicios*, son como el prólogo ó proemio del libro que sirve para tomar alguna inteligencia en los ejercicios, y para ayudarse, así el que los ha de dar, como el que los ha de hacer, como se dice en el título de ellas. Y porque á este mismo fin casi se endereza todo lo que hemos dicho hasta aquí, podemos decir que estos cuatro libros ó tratados, son como un comentario ó declaracion de estas veinte anotaciones; porque en los libros siguientes, con la gracia del Señor empezaremos á declarar por su órden lo que se contiene en cada una de las cuatro semanas y en las reglas que están al fin de ellas. Por tanto ahora al fin de estos cuatro tratados haremos una breve y compendiosa declaracion de estas veinte anotaciones.

Lo que por ellas se pretende, como consta del título, son dos cosas. Primera, tomar alguna inteligencia en estos ejercicios espirituales. Segunda, ayudar así al que los